

EL CONTROL DEL PASADO COMO CAMPO DE LUCHA POLITICA EN EL PRESENTE CRITICO DEL PAIS

Este libro trata sobre cuestiones esenciales de historia y cultura en el mundo hispanico de la obra que ha tenido lugar a comienzos de este siglo, y que no sabemos con claridad en qué grado será.

José Bengoa C.

Al comenzar se ve que el pasado está en una perspectiva particular y determinante en el presente chileno. Se plantea la necesidad social de esclarecer los fantasmas del pasado y recuperar la palabra secularizada y racional. Luego se analizan las formas de control del pasado que tiene el sistema de poder y se señala que la lucha por el control del pasado es una lucha política de primera importancia. Se sigue en esta parte el libro del historiador Chomsky y se discute sus tesis principales. Se plantea la pregunta de si hoy es necesario hacer tabla rasa del pasado o, por el contrario, es preciso afirmarse en él para atacar el futuro.

Esta parte del libro se fundamenta en la idea que el silencio sobre la historia de Chile del gobierno militar es entendimiento de él porque no ha logrado resolver de manera positiva el tema de la continuidad. Este gobierno revive episodios de las experiencias autoritarias y conservadoras del siglo pasado, pero no logra conseguir una línea de cooperación de buena parte del siglo veinte, al cual sólo se refiere marginalmente por el signo de la desmemoria.

1. SINTESIS

Este texto trata sobre cuestiones generales de historia discutidas en el marco específico de la crisis que ha comenzado a desatarse en Chile desde 1982, y que no sabemos con claridad en qué terminará.

Al comenzar se sostiene que el pasado pesa de manera particular y determinante en el presente chileno. Se plantea la necesidad social de exorcizar los fantasmas del pasado y recuperar la palabra secularizada y racional. Luego se analizan las formas de control del pasado que tiene el sistema de poder y se señala que la lucha por el control del pasado es una lucha política de primera importancia. Se glosa en esta parte el libro del historiador Chesneau y se discuten sus tesis principales. Se plantea la pregunta de si acaso es necesario hacer tabla rasa del pasado o, por el contrario, es preciso afirmarse en él para atacar al futuro.

Esta parte del texto se fundamenta en la idea que el discurso sobre la historia de Chile del gobierno militar es extremadamente débil porque no ha logrado resolver de manera positiva el tema de la continuidad. Este gobierno aparece apoyándose en las experiencias autoritarias y conservadoras del siglo pasado, pero no logra sostener una línea de recuperación de buena parte del siglo veinte, el cual sólo aparece marcado por el signo de la decadencia.

Una de las ideas centrales del texto es pues que la lucha política actual por el control del pasado consiste principalmente en establecer el carácter anormal (o normal) de un régimen militar, autoritario y conservador, en la historia política y social de Chile. En esta lucha por el sentido de la crisis presente, la derecha y el gobierno militar no han logrado articular satisfactoriamente un discurso que les permita mostrarse como parte normal de la tradición y la historia del país. Existen pues condiciones para hacer de este período de gobierno un episodio de la historia nacional, marcado por la anomalía, la pérdida de las mejores tradiciones ciudadanas, y por tanto crear un cerco profiláctico que impida el regreso a estas prácticas políticas.

Otro aspecto que se analiza en este texto es el tipo de discurso que se cultiva en los medios opositores. Se sostiene que hay elementos de un discurso histórico alternativo, pero que es preciso avanzar mucho más en la construcción de una alternativa. Se critican las tendencias ideologistas y míticas en la elaboración de un contradiscurso y se discute la cuestión de la historia nacional y popular que se nos aparece como el desafío político y cultural más importante. Se termina el texto señalando el papel que le cabe a los intelectuales en esta tarea colectiva por recuperar el pasado de modo de construir un futuro más humano que el presente mezquino que nos ha tocado vivir.

2. UN PRESENTE CARGADO DE PASADO

No tiene nada de extraño que hoy día numerosos intelectuales estemos preocupados prioritariamente por la historia. El pasado nos pesa enormemente. Mientras no saldemos cuentas con él difícilmente podremos resolver los problemas del futuro.

La sociedad chilena se encuentra inhibida frente al recuerdo de la utopía y la muerte, dupla contradictoria y hasta ahora sin solución. ¿Quién puede desconocer la maravillosa posibilidad, el sueño colectivo, que significó el proceso de democratización del país y el camino hacia una sociedad de trabajadores y hombres libres? Y, ¿quién no se aterra ante la masacre que siguió a este sueño popular colectivo -interpretado como "farra" por el poder contrarrevolucionario? Los muertos pesan sobre nuestras cabezas. Los muertos están vivos en esta ya larga noche fantasmagórica chilena. ¿Quién nos libra rá de todos los fantasmas? ¿Dónde estará el exorcista?

La historia se ha transformado como nunca en un lugar privilegiado de combate político. El poder tiene su fuerza, no

tanto en el apoyo que le otorgan los diversos grupos sociales, o por el éxito de su gestión, sino en el llamado "temor de volver al pasado". Nadie quiere obviamente volver al pasado. La "rueda de la historia" no se detiene, ni siquiera en Chile. Pero con eso nos amenazan: los democratas que quieren hacer la misma democracia del pasado; los marxistas que quieren reeditar el caos del pasado; los industriales que quieren las mismas prebendas del pasado. La amenaza cumple su efecto. Aterroriza el futuro; pone al presente como el único lugar de paz, orden, tranquilidad y mínima defensa.

El pasado se proyecta sobre el futuro con todos sus fantasmas. Todos los sectores añoran el pasado, cualquier pasado: los industriales el pasado de proteccionismos y precios fijos; los políticos democráticos, el pasado de parlamentos y "coyundas", como dijo alguna vez un sabio político: los burócratas del Estado sus escritorios; los profesores universitarios la cátedra sin sobresaltos; y sin duda el pueblo añora el período de auge, de reformas, de salarios más justos, de casi casi pleno empleo, de libertad sindical, de reforma agraria, etc... Período de añoranzas para gran parte de la sosiedad chilena, pero también período de fantasmas, de miedos, de incubación de la década que le siguió. ¿Quién no teme repetir la experiencia?

Convivimos con un pasado que no ha sido exorcizado, que no ha sido aprisionado en sus reales y justas dimensiones, que continúa escapándose a través de la mitología, de la suspicacia, la fantasmagoría, la amenaza, el chantaje -y también la apología-. Es una tarea que les queda grande a los historiadores, sin duda. Parafraseando el dicho: la historia es algo demasiado serio para dejárselo a los historiadores. Es sin duda tarea de un pueblo, de sus organizaciones, de grandes colectivos. Esos son los exorcistas definitivos. Pero también los intelectuales tienen un papel que jugar en este terreno.

Pensamos que el debate político de los próximos años, cuando se abra, versará principalmente sobre la historia, sobre el pasado, sobre las responsabilidades, sobre las causas que nos llevaron a la situación actual, sobre las bases constitutivas de esta sociedad que será necesario -de una u otra forma- recuperar. Uno de los problemas centrales de la democratización del país va a ser el manejo de las responsabilidades históricas, reparar las heridas y sepultar a los muertos, juzgar a los culpables y poner orden en un pasado que nos pena.

3. ¿PODEMOS HACER TABLA RASA DEL PASADO?

Tarde llegan los libros a estas "playas olvidadas". Y para seguir con la imagen de Zurita, las cordilleras se han interpuesto entre nuestra ignorancia y la cultura mundial. El historiador Jean Chesneaux escribió en 1976 el libro "Du passé faisons table rase" (1). Lo hemos discutido en algunos seminarios recientes y son los comentarios allí surgidos los que nos inspiran a escribir estas líneas (2). Es un libro apasionante acerca de la importancia de la historia en la sociedad, el hacer de los historiadores, la crítica a la historiografía tradicional y academicista, y el papel ideológico que juega la historia tanto para los grupos dominantes como para las masas populares que se juegan por su liberación. Llama a hacer del trabajo histórico una reflexión viva sobre el presente. Las siguientes son algunas de sus tesis más importantes.

"La historia es unarelación activa con el pasado, el pasado está presente en todas las esferas de la vida social" (17). El pasado es apropiado por el poder establecido en toda sociedad; el poder requiere controlar el pasado, no dejarlo libre a su suerte. "Las clases dirigentes y el Estado hacen a menudo llamados explícitos al pasado como fuente de legitimación del poder" (24). En la situación actual del país esto se ha hecho evidente. La disputa entre los O'Higginistas y Freiristas, por ejemplo, llega a ser casi ridícula (ver: Revista REALIDAD, editoriales de los números de septiembre y octubre de 1982). Para unos la imagen de O'Higgins es la más importante en los orígenes de la República ya que fue el autoritarismo antifrondístico, caracterizado por la independencia de criterios. Para los teóricos gremialistas conservadores de la señalada revista el militar más destacado en la creación de la República fue Freire ya que desde la sombra, de manera impersonal, poniendo a Portales como su Ministro, etc... logró construir un largo período de orden, tranquilidad y progreso republicano. Una discusión aparentemente historicista que sólo entrega recados y mensajes al politequeo del presente. Los discursos oficiales están llenos de este tipo de intentos de apropiación del pasado (3).

"El aparato del Estado ritualiza el pasado y pone a su servicio la memoria popular" (25). Es un segundo aspecto de la apropiación del pasado por el poder establecido. Las famosas efemérides nacionales que todo profesor primario debía recordar diariamente en ciudades y campos para crear la conciencia cívica de la población; los aniversarios; los discursos de estilo que se repiten todos los años: "Eran las doce del día y dirigiéndose a la tropa pregunta: Ha almorzado la gente?" y etc... etc... i Cuántos hechos históricos que dicen directamente a la formación de la nacionalidad y los sistemas

de dominación interna, no son ritualizados de tal forma que decir o sugerir lo contrario golpea contra el sentido común histórico de un pueblo entero! Es evidente que esa ritualización requiere un cierto tiempo, una cierta distancia entre el presente y el pasado; es necesario subir a los héroes al olimpo mítico de los próceres y hacer del hecho un mecanismo mítico de reafirmación nacional. Los esfuerzos por transformar "el once" en una gesta nacional, por ejemplo se han topado con el recuerdo reciente el triunfo parcial de un sector del país; la derrota y el sufrimiento de otra parte de la población.

Habría que señalar una serie de otros mecanismos de control del pasado que tiene el poder establecido; por ejemplo, el control de los archivos y testimonios. Ello sin embargo nos apartaría del sentido de este comentario.

"El control del pasado por parte del poder establecido es un fenómeno común a todas las sociedades de clase, pero difiere en cada sistema de producción", (30) e incluso en cada sistema de gobierno, podríamos agregar. Hoy día en Chile el bombardeo sobre el pasado es terriblemente ideológico. ¿Y cuándo no lo es? Si miramos la historiografía nacional, ¿la podemos diferenciar con facilidad de los intereses políticos, de grupos y doctrinas en disputas? Hay varios trabajos que han discutido el papel de los historiadores en Chile como organizadores de la cultura y del discurso legitimador de la clase dominante. Es uno de los grandes éxitos de la oligarquía criolla: haber ordenado al país en función de sus intereses y haber hecho creer al país -a través básicamente de su discurso historiográfico- que ese orden es el natural, el mejor, el que obedece a la idiosincracia nacional. Se señala simplíficadamente que hay un paraíso perdido republicano en el siglo pasado donde el país era un gran fundo y todos éramos felices (4). Se lo repite a diario y se mete hasta el fondo de las conciencias como el saber natural sobre la historia de este país. Allí reside a nivel ideológico, uno de los puntos centrales de encuentro entre la oligarquía y las fuerzas armadas; es una coincidencia que va más allá de lo accidental y se ubica en la concepción misma de la nacionalidad.

Si la historia es una historia del poder, ¿es necesario romper con ella? ¿Es necesario barrer con esa historia? ¿Hacer tabla rasa de ese pasado? Esa es la pregunta y obedece a una decisión teórica, política e histórica. ¿Vale la pena recuperar un pasado donde el pueblo sólo ha sido carne de cañón, donde ha sido solamente fuerza de trabajo, donde lo único que ha habido es explotación y dominio inmisericorde? ¿Qué es para el pueblo la historia de presidentes, de cambios ministeriales, de guerras en que fue a morir por intereses ajenos, en que nunca hubo democracia para el país, como se

dice habitualmente? Hay una tarea de rechazo al pasado, al pasado de la dominación. Es preciso dar vuelta esa historia, ¿significa eso negarlo, o implica más bien un esfuerzo de recuperación?

"El rechazo al pasado no excluye el recurso al pasado" (33). Pareciera que en todo movimiento de progreso es necesario tener "la voluntad de liberar al pasado... de apoyarse sobre él para afirmar la identidad... del presente" (37). Hay muchos procesos revolucionarios que han hecho tabla rasa del pasado y que han puesto sus calendarios en cero: el año uno de la nueva era que comienza. La historia para atrás es despreciable, es una historia en que las masas han estado fuera. Es la imagen del contradiscurso radical, de un cierto "polpotismo" absoluto, un mesianismo revolucionario que destruye todo el pasado y se transforma en bisagra de la historia (1); ha existido siempre y es hoy día una tendencia presente. La recuperación del pasado lleva consigo una comprensión de la complejidad de los procesos históricos, lleva consigo una concepción de continuidad nacional de los procesos.

Mao Tsé Tung, que llevó sobre sus espaldas la historia milenaria china, comprendió este elemento quizá con mayor sabiduría que otros revolucionarios modernos de tendencias más iconoclastas. Dice en 1940: "China es uno de los países que primero se inscribió en la historia de la civilización mundial, con más de cinco mil años de historia... A lo largo de su historia milenaria el pueblo chino ha tenido un gran número de héroes nacionales y jefes revolucionarios. Han nacido estrategas, hombres políticos, hombres de letras y pensadores revolucionarios. El pueblo chino es un pueblo que posee gloriosas tradiciones revolucionarias y una importante herencia histórica" (114). Es una visión recuperacionista de la historia china no se trata solamente de visualizar al pueblo como "la fuerza de trabajo que levanta la muralla china" (Brecht), sino ver una totalidad nacional que se desplaza contradictoriamente y donde hay procesos continuos, que se apoyan unos en otros, que crecen en una perspectiva de libertad y progreso. No es que la historia tenga un sentido predeterminado hacia el paraíso terrenal; se trata simplemente de interpretar los hechos del pasado a partir del presente y comprender la historia a partir de las aspiraciones más elevadas del movimiento histórico actual. Esa interpretación no es antojadiza ni tiene por qué ser arbitraria. Funda en el pasado las fuerzas de liberación que deben desatar las ataduras de la situación presente.

4. LAS CUESTIONES DEL PRESENTE

Cada época requiere leer la historia pasada con

sus propios ojos. La historia -nos dice Chesneaux- es una relación viva y activa entre el pasado y el presente. "Es necesario afirmar en principio -metodológicamente diríamos- el primado del presente sobre el pasado"... "las luchas del presente proyectan una nueva luz sobre el pasado..." (52). A pesar de lo que diga la historiografía académica, la construcción histórica "es regresiva, funciona normalmente a partir del presente, a contra corriente del flujo del tiempo..." "Es por ello que lo que cuenta es "el carácter operatorio de la relación con el pasado, su aptitud para responder a las exigencias del presente y no a la distancia cronológica que tienen los hechos..." (55). Nada demuestra mayor ignorancia sobre lo que es la historia que la crítica que señala que ya se escribió esa parte del pasado y por tanto no vale la pena urgir en él. La historia se está recreando siempre, permanentemente, porque el presente está planteando nuevas cuestiones al pasado. "Se trata justamente de politizar la relación entre el presente y el pasado, se trata de explicitar esa relación, se trata de sacar de su silencio al pasado que está hablando sobre el presente..." (57). Esta reinversión del tiempo histórico al hacer historia es quizá el elemento fundamental a tener en cuenta en la batalla por la historia. Se trata de controlar el pasado en función de un presente y un proyecto a futuro; se trata de generar fuerzas en el pasado para el proyecto futuro que se plantea el campo popular en el presente (5).

Es por ello que la tarea de reconstruir la historia es en el Chile de hoy una labor de exorcismo, una búsqueda de situar en su lugar a cada uno de los actores y concatenar las causas y consecuencias de los procesos sociales y políticos que se han dado en nuestra patria. Cada presente pregunta cosas diferentes al pasado; nosotros nos preguntamos por nuestra dramática situación, buscamos las claves que allí surgen para entendernos a nosotros mismos. Es necesario salir al paso de las explicaciones míticas e ideologistas, que en vez de exorcisar la realizar actual, la llenarían de nuevos fantasmas y demonios.

Esto que decimos en general es terriblemente válido en un momento en que el pasado se nos puede volcar brutalmente sobre nuestras vidas. Es la experiencia de casi todos los países que salen de dictaduras, que han realizado rupturas violentas.

En España por ejemplo, hoy día el recuerdo de la Guerra Civil, su análisis, su absorción como un hecho real y no mítológico, ha sido la condición para llevar al país a un cierto orden de funcionamiento. El tema del pasado ha afectado a todas las fuerzas políticas. Los "azules" han casi desaparecido del mapa político que dominaron sin contrapeso durante cuarenta años; poseen presencia en las Fuerzas Armadas heredadas del régimen militar autoritario y no mo

dificadas. Carrillo ha visto su carrera política eurocomunista bloqueada por un hecho ocurrido en 1937 cuando era comisario del partido en el frente de batalla. Y así suma y sigue.

La historia, reinterpretada, representada de mil formas deformadas en el presente, está actuando. ¿Qué se nos vendrá encima a nosotros? ¿A quién le cabe duda que los miles de muertos penarán sobre nuestras conciencias? No hay olvido posible. Hoy día se ha hecho un silencio gigantesco sobre las recriminaciones, las culpabilidades, las responsabilidades. Hay un silencio de las pasiones sobre el pasado. Nadie se culpa de los fracasos, ni tampoco nadie hace gala de sus éxitos. ¿Eso durará en un momento de debate y confrontación abierta?

5. HISTORIA POPULAR Y DEMOCRACIA

¿Cuál es el tipo de historia que requiere una alternativa popular? No es fácil responder a algo tan amplio, pero sí acotar algunos desaffos.

Lo primero que habría que decir es que se trata de una historia nacional, y no por lo tanto, la historia de sólo un sector de la sociedad. La lucha por el pasado consiste justamente en apoderarse racionalmente de la totalidad histórica nacional.

Allí surge una temática que nos parece de gran relevancia en el presente: una lectura democrática de la historia de Chile. Esta es una historia no escrita y más aún, negada por buena parte de la historiografía oligarquizante chilena. Para los grandes historiadores, la estabilidad política del país han provenido de la capacidad de liderazgo de la clase alta chilena, de su autoridad reconocida por las demás clases sociales. Es por lo general una lectura clasista, autoritaria, presidencialista por tanto, y finalmente antidemocrática. Los intereses del país son asimilados demasiado ligeramente a los intereses de la clase aristocrática y por lo tanto se le otorga implícitamente a ésta el derecho a rebelarse si los intereses patrios/grupales son amenazados. Hay la necesidad de una lectura diferente del pasado del país. La visión de la estabilidad política como fruto de la búsqueda de consenso, acuerdo, entendimiento y forcejeo de poder, entre diferentes fuerzas políticas actuantes. Es mostrar que los golpes, rompimientos democráticos, etc. han provenido siempre de las derechas recalcitrantes y que por el contrario el movimiento popular y las izquierdas han sido los mayores defensores de la democracia. En este punto pensamos que se entronca la historia

del movimiento popular con la historia de la democracia en Chile. El movimiento popular se ubica en lo que ha sido el centro de la historia política y la idiosincrasia chilena. Si no hubiera existido un movimiento popular de esta naturaleza otro habría sido el comportamiento de la oligarquía y no seríamos los otros llamados "ingleses de la América del Sur", cuestión que no sólo sirvió para discursos, sino que en un tiempo hinchó los pulmones de la clase alta criolla.

Me parece que el tema del autoritarismo o democratismo de las clases populares es un elemento central a considerar en un análisis alternativo de la historia política del país. La clase obrera en Chile -a diferencia de otros países donde muestra rasgos autoritarios evidentes (6)- desde su nacimiento ha sido el sector más democrático, tanto en términos de sus costumbres políticas internas como también en cuanto a las presiones que ejerce sobre el sistema político en su conjunto. Se puede observar a lo largo de la ya relativamente larga historia del movimiento popular, que éste no ha seguido propuestas aventureristas, insurreccionalistas, de explosiones irracionales de violencia. Por el contrario, siempre se ha mostrado como un cuerpo social y político responsable de un programa creciente de democratización. Desde esta perspectiva, la historia del movimiento popular se entronca con la historia nacional en todo lo más positivo que ésta ha tenido.

Pero obviamente la historia del movimiento popular es también la historia de las derrotas de la clase obrera, de sus presiones por mayor dignidad y democracia y la negativa violenta del Estado y las clases dominantes. Hay sin embargo una tendencia unilateral a comprender la historia del país desde el punto de vista popular como un "martirologio", esto es, como una seguidilla interminable de derrotas sangrientas sufridas por la clase obrera.

6. LA HISTORIA COMO VOLUNTAD

La historia de las masacres, de las huelgas, de los hechos de violencia en general tiene un gran poder movilizador, ya que muestra el heroísmo de las clases populares. Su análisis es fundamental para cualquier análisis historiográfico que se ubique en el presente y que quiera transformarlo. Sin embargo este tipo de elementos no es de fácil incorporación en el discurso histórico global. La historia, al ser vista como una sucesión de hechos violentos y de represión, pierde de vista los contextos en que estos hechos han ocurrido y se valora solamente la voluntad de los sujetos que fueron a la acción y la invariable y permanente actitud del Estado y sus aparatos de reprimir sangrientamente cualquier manifestación popular. Se encierra la historia en la dicotomía voluntad popular y Estado

repositor. Esa dicotomía no deja lugar a la acción en el presente ya que lo único que cabe es el llamado a la voluntad, y que al no tener condiciones más generales que la contextualicen, se transforma en un llamado a la voluntad de morir. Esta tendencia atanaxica es bastante corriente en la historiografía popular proveniente de la tradición revolucionaria. Finalmente esta tendencia se encierra en la dicotomía movimiento popular/Estado, dominados y dominantes, y termina por encerrar a la clase obrera en sí misma: la aísla del resto de la sociedad; en fin, también hace table rasa del pasado y no intenta su recuperación.

El hecho represivo y sangriento es el gran estímulo moral que tiene la clase obrera y el movimiento popular a su favor. Es la prueba de haberse jugado por los valores más profundos de la patria, de la ciudadanía, de la nacionalidad. Es por ello que para la historiografía alternativista, popular, revisionista, es necesario rescatar con el máximo rigor historiográfico, los hechos dramáticos que han ido construyendo la historia obrera y popular. Esto es diferente a circunscribir la historia al martirologio. Es rescatarlo como depositario de la mejor tradición nacional, la que tiende al progreso real, la historia de la voluntad en la historia.

7. CATEGORIAS E IDEOLOGISMOS

Una tendencia bastante corriente también en la historiografía de izquierda es la utilización de categorías abstractas y generales para el análisis de los procesos históricos. Es el caso del uso de los conceptos de "burguesía" y "proletariado" como categorías ordenadoras del discurso histórico.

Supuestamente son categorías que dan cuenta de los elementos centrales y constitutivos de la sociedad; dado que ésta es una sociedad capitalista. El proletariado representa las fuerzas progresistas de la sociedad, el sector de la sociedad que lleva en sí mismo el potencial revolucionario de cambios: es por definición revolucionario. Se llena el concepto de una serie de cualidades que son propias del "proletariado", entendido éste como ente general y abstracto. El problema historiográfico es que se quiere ver a ese proletariado abstracto en cada una de las acciones que hacen los proletarios concretos. Por tanto aparece un proletariado fantasmagórico, irreal, inexistente, etc. (7). La "burguesía", por el otro lado, con todo su aparataje, político, económico, militar, ideológico, actúa contra el proletariado reprimiéndolo, maniatándolo, cooptándolo, etc.. Aparecen las fuerzas burguesas en el seno del proletariado, ya que este es por definición revolucionario.

Tal concepción finalmente nos lleva a ver en el presente una serie de fantasmas volando y no comprender para nada la realidad en que nos toca movernos. Nos lleva a la categorización motejadora de la realidad tal como señalar que estamos frente a partidos pequeño burgueses, partidos revolucionarios, partidos proletarios, etc... que no dicen nada a los hechos políticos sino a supuestas esencias que no significan nada demasiado importante fuera de la satisfacción de los propios interesados. Nos lleva finalmente a una definición maniquea de la historia y la política; los buenos son los que se acercan a la imagen abstracta de lo que debe ser el proletariado, el campesinado, los actores del movimiento popular.

La crítica a estas concepciones erradas de la historiografía de izquierdas recién ha comenzado. En la perspectiva antes anotada de recuperar la historia nacional desde un punto de vista popular, en que el movimiento popular juega un papel central, creemos que este tipo de mistificaciones son enormemente perjudiciales. La historia del país reescrita desde un presente popular, requiere a nuestro modo de ver una comprensión de cuáles son las constantes políticas de este país, que nos permiten hablar de nacionalidad, de "interioridad nacional" como dice Chesneaux. Se trata de ver un sentido en la historia del país, un sentido en torno a la formación de una sociedad nacional. Y en ese contexto afirmar la presencia popular como real portadora de esa nacionalidad.

8. HISTORIA NACIONAL E HISTORIA POPULAR

Junto a la perspectiva nacional de los problemas históricos, pareciera de la mayor necesidad la reconstrucción de los procesos concretos de los diversos grupos populares, para, sacándolos de su silencio, mostrar su papel protagónico en el proceso de constitución de la perspectiva nacional. La historia de los grupos sociales populares, las historias parciales de los obreros, los campesinos, los mapuche, los estudiantes, las mujeres, los pobladores, etc. se ven enmarcadas en esta perspectiva de tipo nacional, en que cada uno de los actores va mostrando en su accionar cómo juegan los elementos constitutivos de la patria y la nacionalidad.

Postulamos una visión del pasado en que no relegamos la historia a los presidentes y diplomáticos. La historia del país ha sido hecha por miles de actores, individuos, organizaciones, instituciones de diverso tipo. Esta obra colectiva debe ser desentrañada por los historiadores que luchan por apropiarse del pasado para un futuro de mayor democracia y mejor convivencia.

No estamos por una historia de estructuras y procesos, como sostienen algunos teóricos de la llamada "historia de larga duración"; esto es, búsqueda de constantes históricas donde se disuelve la acción de los individuos y actores. Creemos que este tipo de historia económica interpretativa se ha hecho bastante en Chile y en la izquierda, y que ha conducido a esquematizar el pasado, a ideologizarlo y no a controlarlo adecuadamente. Creemos que la historia debe contar con actores, son los hombres de carne y hueso los que la van haciendo; que los determinismos radicales de derecha o de izquierda sólo fantasmagorizan la realidad; no hay decadencias cíclicas determinadas por leyes externas a la propia sociedad y a los hombres que la componen; no hay fatalidades frente a las cuales ningún pueblo se puede salvar; ni tampoco hay un paraíso que hagamos lo que hagamos va a llegar el día menos pensado.

Son los actores, los sujetos de la historia; personajes de carne y hueso, instituciones y organizaciones con tiempo y espacio delimitado, ideas que se expresan en un momento determinado y que significan hechos y realidades precisas. Son los actores y los hechos lo que hay que revelar. En nuestra historiografía se ha dejado olvidado en el silencio a la mayor parte de los actores: tarea de los intelectuales en este momento pareciera ser el sacar del anonimato a tantos realizadores de la historia nacional. Mostrar que la historia de la nación chilena no ha sido fruto exclusivo de las ocurrencias de unos cuantos ciudadanos con apellidos castellano-vascos, como nos ha tratado de vender más de algún historiador de este país.

La idea de una historia popular la entendemos con estos contenidos. Una reflexión sobre el papel que ha jugado el pueblo en la constitución de una nacionalidad que tiene elementos permanentes y positivos, que son su futuro utópico, su potencial de vida y esperanzas. Esa es la idiosincracia chilena, la aspiración de la nación, concretada y hecha carne en los sectores populares, en las clases laboriosas como se decía antes, en los intelectuales y gente de progreso. Fundir la historia nacional con la historia popular es dar un paso positivo en la batalla por el control del pasado, es ganar una gran batalla por el futuro del país.

NOTAS

- (1) Jean Chesneaux *¿Du passé faisons table rase? Petite collection Masperó. Paris 1976.* En adelante los números entre paréntesis que siguen a las comillas corresponderán a las páginas de esta edición.
- (2) Seminario del grupo de Historia del Campesinado Chileno que realizamos junto a Lila Acuña, Rolf Foester, Pedro Segure, Gonzalo Tapia y Verónica Oxman. Muchas de las ideas de este texto pertenecen a este colectivo de trabajo.
- (3) El discurso del gobierno militar es contradictorio; se afirma en la medida que hace suyo prácticamente la totalidad del discurso patriótico de difusión masiva; la ideología histórica del Estado. Este discurso ha estado tradicionalmente en manos de las propias Fuerzas Armadas, del sistema escolar -los profesores- y de la Iglesia; esto es, los tres grandes aparatos de Estado que socializan a la población en las tradiciones y que tienen la función de reproducir estas ideas generales sobre el país y la nacionalidad. Pero nunca un gobierno puede confundirse solamente con la pura nacionalidad porque ésta por principio se debe a todos sus habitantes y el gobierno sólo se debe a algunos; es necesario que la ideología del gobierno enfatice en tal o cual aspecto del discurso histórico. Allí es donde se encuentra la gran debilidad del actual régimen gubernativo. Al enfatizar el discurso patriótico marcado por el autoritarismo, no puede ni asumir la representación de la nacionalidad ni la de grupos significativos. Aparecen como un episodio necesariamente transitorio.
- (4) El discurso histórico-ideológico del gobierno militar ha sido un discurso excluyente, que sin duda expresaba bien la realidad excluyente de todos estos años. En ese sentido es un discurso que no logra utilizar al pasado como una fuerza perpetuadora para el futuro, como un elemento de mayor permanencia y estabilidad. Es un discurso que no logra ser interno a la historia de Chile. Se manifiesta -a 10 años- en la externidad de la mitología patriótica; y en el momento en que esa mitificación se agota, se desmorona y se queda sin palabra, no logra articular un discurso que de cuenta de la normalidad política del país.

Si esto es cierto, creemos que en este nivel se plantea una de las luchas políticas más importantes de este período. El discurso ideológico se refiere al pasado para establecer que la actualidad, el presente, es parte de la normalidad de la historia, parte

de lo lógico, parte de las tradiciones, parte de lo permanente del país, etcétera. El discurso trata de combatir la idea de que lo sucedido en estos años es una anomalía, es un lunar dentro de la historia de Chile. Ahí se ubica la actual discusión. Es preciso plantear de manera coherente que la normalidad es otra, que la normalidad de este país es la democracia, la relación racional entre los grupos, el consenso y el argumento. Que el recurso a la fuerza ha sido un fenómeno episódico y que está fuera de nuestras tradiciones más caras. La necesidad de borrar este período e impedir que resurja el autoritarismo, exige hacer de la historia un importante campo de batalla política. Esta batalla será ganada por quien deje a este período de la historia de Chile, como un apesadilla que es necesario circunscribir y acallar o como un momento normal dentro de la historia del país en que se logran ciertos éxitos, fracasos, etc... Aunque dicen que la historia la hacen los vencedores, esta es una tarea y un desafío.

- (5) En la izquierda ha residido lo poco de revisionismo histórico que ha habido en el país. Historiadores como Hernán Ramírez Necochea, Julio César Jobet, Aníbal Pinto, Alvaro Jara, Marcelo Segall, y tantos otros han buscado la reinversión del discurso histórico dominante. Se han rescatado numerosos hechos de la historia popular que han sido negados o silenciados por las historiografías oficiales. Se han realizado también grandes interpretaciones alternativas sobre determinados períodos, en que la de Balmaceda de Ramírez es quizá la más brillante. Se ha logrado por último una interpretación del desarrollo económico del país que sin duda pone a las fuerzas progresistas como protagonistas. Sin embargo de manera paradójica, la interpretación histórica global más acabada creemos que corresponde no a un historiador, sino a un poeta: es Neruda en el Canto General el que reinterpreta la historia desde la visión popular, optando por el indígena, por el pueblo, por el obrero de las pampas, por los perseguidos, etc.. Es una historia entre comillas basada en la dicotomía nacional-internacional, pueblo-conquistador, colonizado-colonizador. Es una interpretación de la historia de Chile que ha sido difundida en las izquierdas. Tuvo posteriormente su momento de mayor desarrollo al plantearse las teorías de la dependencia. Allí se entiende la falta de desarrollo por la presencia del capital extranjero y el imperialismo. Por el desarrollo del subdesarrollo se entienden las clases sociales internas, en su relación con el capital extranjero, con el Estado norteamericano (antes Inglés), etc... Es una matriz interpretativa que sin duda ha calado en la conciencia masiva de los sectores politizados del país. Es la base o principio de un contradiscurso. Pero no cabe duda que es insuficiente en la medida que oscurece las dinámicas internas de las clases y el Estado.

- (6) La comparación del carácter de la clase obrera chilena con la Argentina siempre resulta de gran capacidad explicativa. Allí se da el caso de una clase marcada por signos autoritarios tanto en sus relaciones internas (sindicalismo verticalista) como en sus relaciones políticas (peronismo). En cambio la clase obrera chilena aparece utilizando métodos, sistemas de organización, adscribiendo a ideologías y partidos de neto carácter democrático. El peso de las corrientes socialistas de tendencia democratista y libertaria en la clase obrera debe ser reanalizado y revitalizado. Sobre el autoritarismo obrero argentino, se puede ver: Seymour Martin Lipset. El Hombre Político, EUDEBA, Buenos Aires, 1963.
- (7) Ver el artículo de Eduardo Valenzuela: "De la Historia según Vitale", PROPOSICIONES N° 6, Año 1982. En este artículo el autor crítica agudamente las características y conceptos básicos que utiliza este historiador en la "Interpretación Marxista de la Historia de Chile". Tomo IV.

El Area de Estudios e Investigaciones de SUR busca promover el pensamiento académico libre de los profesionales ligados a la institución, constituyéndose en un lugar de enriquecimiento humano y teórico de los mismos. Busca, en particular, fomentar un diálogo riguroso en torno a los grandes problemas nacional en lo económico, social y político.

PROPOSICIONES es un publicación interna del Area de Estudios e Investigaciones de SUR, orientada a promover la crítica sobre su labor y a extender la invitación a otros medios intelectuales y profesionales a incorporarse a sus trabajos de seminario.

PROPOSICIONES aspira a ser, en el contenido y la forma, expresión del estado actual de la reflexión crítica de un grupo intelectual: reflexión provisoria, parcial, que aspira sin embargo a revisar profundamente el pensamiento dogmático de cualquier especie, rechaza su coagulación en redacciones rígidas o articuladas en extremo. Lo que aquí se presenta por eso, más que un conjunto de artículos, es un conjunto de memoranda para un debate en desarrollo.

La esperanza es que cada memorándum despierte la discusión, la imaginación, la creatividad; que estimule el parto de un pensamiento nuevo. Ninguna de las ideas aquí contenidas proclama título alguno de autoridad, ni de verdad establecida. Por eso no se exponen: se proponen, para quien quiera recogerlas, profundizarlas o negarlas.



Area de Estudio e Investigación
boletín interno